

ADRIANA CAVARERO, *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*, trad. de Saleta de Salvador Agra, Anthropos, Barcelona, en coedición con la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México, 2009. 203 páginas.

Adriana Cavarero, catedrática de Filosofía Política en la Universidad de Verona, es una de las figuras más interesantes de la filosofía contemporánea italiana. Sus escritos, de temas variados, van desde la filosofía política a la literatura, pasando por el feminismo y las teorías de la narración.

Desde el prólogo de *Horrorismo* —dedicado en su edición española a una profunda y conmovedora reflexión sobre las víctimas del atentado del 11 de marzo en la estación de Atocha en Madrid— hasta el apéndice, la autora se mueve entre la reflexión y la descripción cruda de los actos de violencia humana que vemos, vivimos y sufrimos en esta convulsa y agresiva actualidad. Enfatiza la urgente necesidad de un cambio radical de perspectiva para mirar la tragedia de nuestro tiempo, no ya desde el ángulo de quien la infringe, como se ha hecho tradicionalmente, sino con los ojos y el dolor de quien sufre la ofensa, la víctima.

En su argumentación, Cavarero se ocupa del análisis de términos como terror, horror o guerra, y analiza la condición de las víctimas, destacando su vulnerabilidad. Para la autora faltan páginas en la obra para tratar los horrores, las agresiones, los ultrajes de las distintas formas en que se nos presenta la violencia contemporánea, violencia que invade y adquiere formas inauditas.

En esencia, el libro expone y defiende una innovadora propuesta terminológica y una sugestiva construcción ontológica.

Cavarero considera que palabras como terror, horror o guerra no son adecuadas ni suficientes para hacerse cargo de la descarnada y cruel violencia que todos podemos llegar a padecer. Propone el término *horrorismo* frente al de *terrorismo*, “hoy un vocablo tan omnipresente como vago y ambiguo, cuyo significado se da por descontado a fin de evitar una definición” (p. 16). Y, a partir de sus reflexiones desde la condición de la víctima, construye una ontología de la vulnerabilidad, situación en la que el ser humano se encuentra totalmente expuesto al otro, tanto a su protección como a su agresión.

Con las palabras “En la estación de Atocha” (p. 9), se inicia este duro viaje por la comprensión de las brutalidades que los seres humanos podemos hacernos unos a otros en el “teatro horrorista contemporáneo” (p. 13). En el mencionado prólogo, Cavarero transita entre la sensibilidad por las ausencias —reflejada en el especial simbolismo del monumento a las víctimas del 11 de marzo en Madrid— y la dureza despiadada de quienes perpetraron el atentado. El desconocimiento, por parte de los autores de este atentado, de la unicidad y la otredad de quien viajaba a su lado es una muestra de cómo este tipo de crímenes (las masacres, los genocidios) traspasan la condición humana misma.

Tal y como se expone en el libro, hay, sin duda, una tendencia a la identificación, más natural, con las escenas de barbarie occidentales. La mirada está, además, condicionada por las formas en que los

medios de comunicación presentan las masacres cotidianas. Un ejemplo serían los denominados *daños colaterales*, en el caso de Irak, representados como inevitables y, por ende, de alguna manera justificables. Se trata de violencias legítimas o ilegítimas, en función del estatus legal de los combatientes; es la aproximación a la violencia desde la condición del *guerrero*. Pero cada una de las personas que desaparecen deja un vacío; ninguna víctima vale más que otra. La frase “todos íbamos en ese tren” evidencia la vulnerabilidad en la que nos encontramos y que nos iguala en las escenas actuales de violencia.

Sea cual sea la masacre, para la autora tendrá denominaciones, propósitos y valoraciones diferentes según se mire desde el punto de vista de aquellos para quienes las víctimas son el medio para la consecución de un objetivo más alto, o desde el de los que la sufren, para quienes dicho objetivo se desvanece y lo que sobresale es el horror.

Para Cavarero, términos como *terrorismo* o *guerra* quedan obsoletos en los escenarios violentos actuales. La ambigüedad de sus usos y significados hace que se viva un ambiente lingüísticamente caótico. Se dan situaciones crueles en las que la lengua parece incapaz de renovarse y tiende más bien a enmascararlas. De ahí que proponga un neologismo, *horrorismo*, para capturar la experiencia de la violencia de la que somos testigos y potenciales víctimas.

El terror designa lo que actúa de inmediato sobre el cuerpo, haciéndolo temblar y empujándolo a la huida. Es antagónico al orden y al control; se trata del miedo total, sinónimo del desorden absoluto y del descontrol que genera el pánico. El horror se

coloca con frecuencia al lado del terror, pero presenta características opuestas, suponiendo el primero una parálisis y el segundo, en cambio, movimiento. Inscrito en la constelación terminológica del miedo, el horror tiene algo de espantoso y repugnante, capaz de poner los pelos de punta. Se trata de una manifestación física ligada a lo inmóvil. Es el espectáculo de la desfiguración que no soporta el cuerpo singular. La expresión del horror tiene que ver con una instintiva repulsión por una brutalidad que no solo mata, sino que destruye la unicidad del cuerpo. Masacres, carnicerías, torturas y otras violencias forman parte del cuadro. Se trata de deshumanizar, como si la repugnancia que ello suscita fuese más productiva en el uso estratégico del terror. Por su parte, la guerra, contienda polémica y confusa de intensa violencia, alimenta tanto al terror como al horror, donde cuerpos destrozados transmiten el lado repugnante de la muerte heroica. Con su análisis sobre la representación intensiva de lo atroz, del terror y del horror en *La Iliada*, Cavarero nos hace ver cómo la guerra busca una muerte innatural y cruel.

Valiéndose de los mitos de Medusa y Medea la autora destaca que, en el ejercicio de la violencia, lo femenino da un matiz más oscuro. Potencia la repugnancia, “como si el horror, como ya sabía el mito, tuviese necesidad de lo femenino para revelar su auténtica raíz” (p. 33). La cabeza de Medusa, además de representar el horror, alude al humano desfigurado, desmembrado, como símbolo de la violencia extrema. Encarna el horror generado y sufrido, el rostro que no puede mirarse, pues al hacerlo reconoce la singularidad; es un rostro que emite un alarido inaudible, como si la experiencia del horror nos

enmudeciese. Al hilo del mito de Medusa nos presenta a Medea. Medea mata a sus hijos por venganza, convirtiéndose en el gesto criminal por excelencia. No solo se ataca al infante indefenso, sino que se niega la posibilidad de auxilio (la salvación) que se espera de la figura de la madre, lo que hace que la violencia que se ejecuta en este acto sea presentada por Cavarero como una forma peculiar del horror. Si Medusa nos recuerda la vulneración de la unicidad del ser en un crimen que va mucho más allá de la muerte, Medea confirma que “tal crimen se consuma en un cuerpo vulnerable, reconducido a la situación primaria de lo absolutamente inerte” (p. 58).

Consideradas las implicaciones y alcances de los términos usualmente utilizados, la autora recurre al *horrorismo* para nombrar las violencias contemporáneas. Podría pensarse que bastaría entonces con nombrar el horror, no obstante, “la palabra *horrorismo* ayuda a suponer que un cierto modelo de horror sea indispensable para comprender nuestro presente” (p. 58). Se trata de la violencia sobre el frágil e inerte, rasgos que se presentan como sinónimos de la infancia, si bien a lo largo de nuestra vida seguimos siendo vulnerables y diversas circunstancias nos dejan desarmados, absolutamente expuestos, indefensos en un grado de variable intensidad cuyo máximo exponente es la tortura.

Así entonces, el *horrorismo* tiene que ver con la muerte, o más exactamente con la muerte de víctimas inertes; pero se caracteriza por una forma de violencia que traspasa la muerte misma: es una violencia que se deforma, que es deshumanizante y que va más allá de la estrategia homicida.

Los campos de exterminio nazi evidencian dolorosamente esta afirmación. A través de la lectura de Primo Levi (1919-1987) y Hannah Arendt (1906-1975), Cavarero señala cómo se buscó la “demolición del hombre”, la transformación de los prisioneros en “cadáveres vivientes”. Una fabricación artificial del inerte, degenerado tras ser llevado al extremo de la no vulnerabilidad, que atestigua que se trata de un horror desmedido, inaudito, excedente. La autora destaca de manera especial el debate de Arendt con Georges Bataille (1897-1962) en torno a la erotización de la violencia y la crueldad.

Al aplicar el paradigma *horrorista* a fenómenos actuales como el terrorismo suicida, la tortura o la hipertecnología bélica, Cavarero integra en sus reflexiones a Susan Sontag (1933-2004) y sus puntos de vista sobre la fotografía y la erotización del horror. Subraya que, aunque las imágenes del horror puedan incitar un placer morboso, tienen “valor ético”, ya que despiertan la conciencia sobre los estragos que los humanos pueden hacerse unos a otros. Discute con James Hillman, desde la perspectiva de las víctimas, sus reflexiones acerca de la justificación de la guerra como experiencia irreductible y vital. Tampoco deja de lado en su análisis las visiones que sobre la política, la guerra de los Estados y las víctimas casuales presentan Carl von Clausewitz (1780-1831), Carl Schmitt (1888-1985) o Thomas Hobbes (1588-1679).

Cavarero analiza también el papel de la mujer en la violencia actual. Reconocer este rostro femenino del horrorismo, como instrumento de muerte y no de vida, resulta muy difícil porque es muy doloroso. Ejem-

plos de ellos son los abusos cometidos en la prisión *Abu Ghraib*; mujeres torturadoras que sonríen a la cámara; imágenes que son un cruce entre la espectacularidad y la tortura; cuerpos anónimos humillados, deshumanizados, y martirizadoras con un comportamiento sádico y desviado.

El libro defiende con consistencia cómo numerosas manifestaciones de violencia contemporánea caen dentro de la

categoría de *horrorismo* cuando se ven con los ojos de la víctima y no del guerrero. En la escena violenta actual, se establece un vínculo entre el horror y el exterminio, una masacre de inocentes que nos comienza a parecer *normal*, cotidianidad a la que se suma nuestra indiferencia.

LUCÍA NIETO HUERTAS